

LA PERSPECTIVA INSULAR EN EL ANÁLISIS
DE LA POBLACIÓN DE LAS ISLAS CANARIAS
(SIGLOS XX Y XXI)

José-León García Rodríguez

Departamento de Geografía e Historia. Universidad de La Laguna

Resumen: este trabajo aborda el estudio de los principales factores explicativos de la vitalidad demográfica de las Islas Canarias en la etapa moderna de la demografía, lo que ha provocado el incremento relativo de la población del archipiélago en el contexto demográfico de España. Dicho aumento poblacional se ha producido a pesar de la limitación de los recursos naturales de las islas y de la existencia histórica de un importante flujo emigratorio, utilizado como herramienta para mantener un cierto equilibrio entre población y recursos en la austera y desigual sociedad agroganadera del pasado. Pero en la etapa más reciente, en el último medio siglo, el desarrollo de los transportes que ha incrementado la accesibilidad exterior y entre las islas, la importación progresiva de alimentos, la sustitución de la economía agraria tradicional por el turismo, los servicios y el comercio y el cambio de estatus político del archipiélago en el contexto español y europeo han propiciado un importante desarrollo económico y una considerable mejora del nivel de vida de la población, todo lo cual ha tenido destacadas repercusiones en su dinámica y distribución espacial, dando lugar a la creación de dos unidades impulsoras de los cambios vinculadas globalmente a las dos islas centrales, que han creado dos unidades funcionales, las Canarias orientales y las Canarias occidentales.

1. INTRODUCCIÓN

La dinámica económica de Canarias anterior a los años setenta del siglo XX, basada fundamentalmente en la explotación de los recursos agrarios y en el aprovechamiento de las ventajas del tráfico marítimo internacional, propiciadas por su renta de situación y por la creación de los puertos frances, ha favorecido especialmente el crecimiento económico y de la población de las dos islas centrales del archipiélago, que reunían a principios de los años setenta del siglo pasado el 86,5% de la población de la región, a causa de su mayor dotación de recursos; y al mismo tiempo, ha dejado importantes lastres socioeconómicos y demográficos en las islas periféricas, que el desarrollo turístico reciente ha mitigado solo en parte en Lanzarote y Fuerteventura, y en escasa o nula medida en La Palma, La Gomera y El Hierro.

Sin embargo, desarrollo del sector turístico, posterior a los años sesenta, con la implantación plena de la economía de la construcción y los servicios, junto con los cambios políticos ocasionados por el acceso de las islas al autogobierno, a la financiación autonómica; y además, la integración plena de Canarias en la Unión Europea en 1992, con la percepción de importantes fondos estructurales y la inclusión de las mismas entre las regiones ultraperiféricas, han provocado un desarrollo económico sin precedentes en el archipiélago, aunque sin llegar a alcanzar en ningún momento el pleno empleo.

Este proceso ha repercutido en el incremento de la renta, que se ha acercado a la media del Estado en torno al año 2000, y en la mejora del nivel de vida de la población, aunque a partir de dicha fecha ha disminuido dicho proceso de convergencia; y ello ha acabado con el importante flujo emigratorio del pasado, e incluso, ha dado lugar a una importante corriente inmigratoria procedente del entorno peninsular, comunitario y exterior, para cubrir una parte de las demandas laborales de la nueva economía vinculada a la expansión turística, a la construcción y los servicios. Dicha corriente ha contabilizado, entre 1970 y 2011, un saldo de más de 188.000 inmigrantes netos, lo que inclina la balanza migratoria global del archipiélago en la etapa estadística del lado de las entradas, con un saldo favorable de más de 22.000 habitantes, al menos hasta la crisis de 2008, puesto que a partir de esta parece que se ha intensificado el proceso de salidas de efectivos cualificados, según señalan algunas fuentes.

Pero el desarrollo turístico apenas ha afectado a las islas periféricas occidentales, por lo que su economía y su población se han estancado en esta última etapa; y la inmigración de las últimas décadas ha favorecido especialmente a las hasta entonces poco pobladas islas orientales de Lanzarote y Fuerteventura, que han experimentado un importante desarrollo socioeconómico y turístico, a raíz de la introducción de plantas desaladoras de agua de mar desde finales de los años sesenta y principios de los setenta, respectivamente, con la finalidad de suplir las carencias hídricas características de su clima. También ha repercutido positivamente en el crecimiento de Tenerife, que recupera su puesto de isla más poblada del archipiélago, que había perdido en los años noventa del siglo XX a favor de Gran Canaria, a causa de su mayor dinamismo poblacional en toda la etapa *moderna* de la demografía.

Esta diversidad de escenarios naturales y socioeconómicos ha repercutido en la dinámica demográfica de cada isla, por lo que, dentro del contexto de convergencia general de las pautas de comportamiento de la población del archipiélago, propiciadas por el desarrollo económico y la mejora general del nivel de vida y de las comunicaciones, es posible encontrar rasgos diferenciales, algunos muy preocupantes como la destacada tasa de envejecimiento de las islas periféricas occidentales y la creciente emigración de una parte de los jóvenes más cualificados, ante la escasez crónica de empleo. Y otras más alentadoras, como

la revitalización demográfica de las islas de Lanzarote y Fuerteventura, aunque este proceso se moderó a partir de 2008, como consecuencia de la crisis de la construcción en el sector turístico, pero ha vuelto a dar signos de recuperación en los últimos años con un importante incremento del número de visitantes.

2. EL CRECIMIENTO RECENTE DE LA POBLACIÓN DE CANARIAS

Las Islas Canarias representan solo el 1,47 por ciento del territorio español, pero en 2021 reúnen el 4,73 por ciento de su población, lo que supone que la densidad demográfica del archipiélago es muy superior a la media del país. En realidad, en el momento actual, esta densidad es tres veces más elevada que dicha media, por lo que Canarias ocupa el tercer puesto entre las comunidades autónomas, después de Madrid y el País Vasco, por el peso relativo de su población, que supera los 300 habitantes por km². Esta elevada densidad en un territorio insular de limitados recursos y alejado del resto del Estado es el resultado de una destacada vitalidad demográfica en el pasado histórico, que se ha mantenido a lo largo de una buena parte del siglo XX y llega incluso hasta el presente, aunque en este caso apoyada en la inmigración (Zapata Hernández, 2009), ya que en los últimos años las defunciones han superado ampliamente al número de nacimientos.

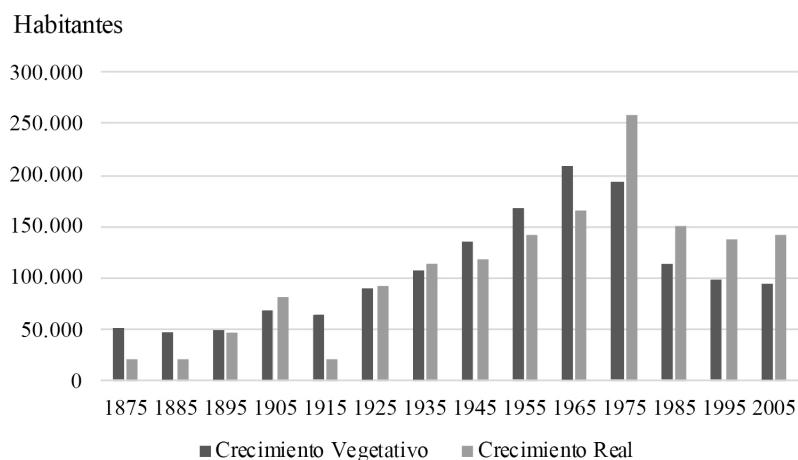
Pero desde el inicio de la etapa estadística de la demografía, en 1857, hasta el comienzo de los años setenta del pasado siglo XX, marcharon del archipiélago más de 166.000 emigrantes netos (García Rodríguez y Zapata Hernández, 1992), en busca de mejores condiciones de vida en el exterior; y a lo largo de tan dilatado periodo se han producido también significativas migraciones interiores, especialmente dirigidas a las islas de Tenerife y Gran Canaria, a causa de las importantes carencias de recursos naturales de las islas periféricas, así como de las consiguientes limitaciones de sus sistemas productivos para sustentar su propio crecimiento poblacional.

Por tanto, la dinámica histórica de Canarias anterior a los años setenta del siglo XX, basada fundamentalmente en la explotación de los recursos agroganaderos y en el aprovechamiento de las ventajas del tráfico marítimo internacional, propiciadas por su renta de situación y por la creación de los puertos francos (Arteaga Ortiz; Moreno Gil y Martínez Cobas, 2003), ha favorecido especialmente el crecimiento económico y de la población de las dos islas centrales del archipiélago, que reunían a principios de los años setenta del siglo pasado el 86,5% de la población de la región, a causa de su mayor dotación de recursos; y al mismo tiempo, ha dejado importantes

lastres socioeconómicos y demográficos en las islas periféricas, que el desarrollo turístico reciente ha mitigado solo en parte en Lanzarote y Fuerteventura, y en escasa o nula medida en La Palma, La Gomera y El Hierro.

Sin embargo, el mencionado desarrollo del sector turístico, posterior a los años sesenta, con la implantación plena de la economía de la construcción y los servicios, junto con los cambios políticos ocasionados por el acceso de las Islas al autogobierno, a la financiación autonómica; y además, la integración plena de Canarias en la Unión Europea en 1992, con la percepción de importantes fondos estructurales y la inclusión de las mismas entre las regiones ultraperiféricas, han provocado un desarrollo económico sin precedentes en el archipiélago, aunque sin llegar a alcanzar en ningún momento el pleno empleo (Godenau, 2009).

Figura 1. Crecimiento vegetativo y crecimiento real de la población de Canarias en la etapa estadística (1870-2015)



Fuentes: Censos de población y MNP (INE) y archivos parroquiales en las Canarias occidentales (1870-1940). Elaboración propia.

Este proceso ha repercutido en el incremento de la renta, que se ha acercado a la media del Estado en torno al año 2000, aunque posteriormente se ha alejado de nuevo, y en la mejora del nivel de vida de la población; y ello ha acabado con el importante flujo emigratorio del pasado, e incluso, ha dado lugar a una importante corriente inmigratoria procedente del entorno peninsular, comunitario y exterior, para cubrir una parte de las demandas laborales de la nueva economía vinculada a la expansión turística, a la

construcción y los servicios (Domínguez Mujica, 1991). Dicha corriente ha contabilizado, entre 1970 y 2011, en la tabla de excedentes construida a partir de los censos de población y de los datos del movimiento natural de la misma, un saldo de más de 188.000 inmigrantes netos, lo que inclina la balanza migratoria global del archipiélago en la etapa estadística del lado de las entradas, con un saldo favorable de más de 22.000 habitantes, al menos hasta la crisis de 2008 (Figura 1), puesto que a partir de esta parece que se ha intensificado el proceso de salidas, según señalan algunas fuentes (González Enríquez y Martínez Romera, 2017).

Además, la afluencia inmigratoria ha contribuido de manera notable al crecimiento demográfico del archipiélago en las últimas décadas, que entre 1970 y 2011 registra tasas acumuladas del 1,65% anual, utilizando los recuentos censales, e incluso del 2,08% en el primer decenio del siglo XXI. En cambio, en el periodo más reciente, comprendido entre 2001 y 2015, y haciendo uso de los recuentos padronales, las tasas de crecimiento descienden al 1,18% anual, aunque estas duplican la media nacional para el mismo periodo (0,87% anual), y ello a pesar de la caída secular de la fecundidad que ha experimentado la región, cuyo índice se sitúa en 0,97 hijos por mujer en 2018, por debajo incluso de la media española de 1,25 hijos en la misma fecha (INE), así como de las importantes consecuencias de la crisis inmobiliaria y financiera iniciada en 2007, que ha afectado profundamente al sector de la construcción. Esta circunstancia general ha elevado el desempleo del archipiélago a niveles alarmantes, superiores al 30 por ciento en el primer trimestre de 2015 (EPA I), índices que en el tercer trimestre de 2021 se sitúan en torno al 23,9 por ciento.

Pero el desarrollo turístico apenas ha afectado a las islas periféricas occidentales, por lo que su economía y su población se han estancado en esta última etapa; y la inmigración de las últimas décadas ha favorecido especialmente a las hasta entonces poco pobladas islas orientales de Lanzarote y Fuerteventura, que han experimentado un importante desarrollo socioeconómico y turístico, a raíz de la introducción de plantas desaladoras de agua de mar desde finales de los años sesenta y principios de los setenta, respectivamente, con la finalidad de suplir las carencias hídricas características de su clima. También ha repercutido positivamente en el crecimiento de Tenerife, que recupera su puesto de isla más poblada del archipiélago, que había perdido en los años noventa del siglo XX a favor de Gran Canaria, a causa de su mayor dinamismo poblacional en toda la etapa *moderna* de la demografía (Zapata Hernández, 2011).

Esta diversidad de escenarios naturales y socioeconómicos ha repercutido en la dinámica demográfica de cada isla, por lo que, dentro del contexto de convergencia general de las pautas de comportamiento de la población del archipiélago, propiciadas por el desarrollo económico y la mejora general del nivel de vida y de las comunicaciones, es posible encontrar rasgos diferenciales, algunos muy preocupantes como la destacada tasa de envejecimiento de las islas periféricas occidentales y la creciente emigración de una parte de los jóvenes más cualificados de la región, ante la escasez crónica de empleo (INE, 2019). Y otras más alentadoras, como la revitalización demográfica de las islas periféricas orientales, a partir de la introducción de desaladoras de agua de mar, aunque este proceso se ha moderado a partir de 2008 como consecuencia de la crisis de la construcción en el sector turístico.

Este trabajo aborda el estudio de los principales factores explicativos de la importante vitalidad demográfica de las Islas Canarias en la etapa moderna de la demografía, que ha provocado el incremento relativo de la población del archipiélago en el contexto demográfico de España. Dicho aumento poblacional se ha producido a pesar de la limitación de los recursos naturales de las Islas y de la existencia histórica de un importante flujo emigratorio, utilizado como herramienta para mantener un cierto equilibrio entre población y recursos en la austera y desigual sociedad agraria del pasado. En la etapa reciente, el desarrollo de los transportes que ha incrementado la accesibilidad exterior y entre las islas; la importación progresiva de alimentos, la sustitución de la economía agraria tradicional por el turismo, los servicios y el comercio, el cambio de estatus sociopolítico del archipiélago en el contexto español y europeo, han propiciado un importante desarrollo económico y una considerable mejora del nivel de vida de la población, todo lo cual ha tenido destacadas repercusiones en su dinámica y distribución espacial, dando lugar a la creación de dos unidades impulsoras de los cambios vinculadas a las dos islas centrales.

3. LAS CAUSAS DEL REPARTO DE LA POBLACIÓN INSULAR

Los primeros recuentos de población que se realizaron en Canarias a lo largo del siglo XVI, al inicio de la colonización de las islas, configuran ya un reparto de los habitantes que se relaciona, en buena medida, con la dimensión territorial de las distintas unidades geográficas que forman la región, por lo que ya desde tan temprana fecha, las islas más extensas son también, en términos generales, las más pobladas, si exceptuamos el caso de la árida Fuerteventura (Mederos Martín, 2018: 4-5). Sin em-

bargo, la explotación específica de los recursos insulares por los sistemas socioeconómicos que se han instalado en cada momento histórico, ha dado lugar a variaciones en la distribución espacial de los efectivos demográficos, no solo de las diferentes unidades insulares en el conjunto del archipiélago, sino también en el interior de cada isla. El resultado de todo ello ha sido la concentración de la población en determinadas áreas de las islas centrales del archipiélago, en detrimento de las islas periféricas, intensificándose los procesos de urbanización desde finales del siglo XIX, pero sobre todo a partir de los años sesenta del siglo XX.

En consecuencia, Tenerife y Gran Canaria, que suman un poco menos de la mitad de la superficie regional, reunían ya a principios del siglo XIX a más del 64% de los habitantes del archipiélago, mientras que en 2018 la proporción se ha elevado al 82,3% (Figura 2). Sin embargo, el incremento del peso demográfico a lo largo de tan dilatado periodo ha sido mucho más importante en el caso de Gran Canaria que en el de Tenerife, puesto que la primera de dichas islas ha pasado de agrupar el 28% de la población canaria, al inicio del citado espacio de tiempo, a concentrar el 39,8%, al final del mismo, en un territorio que no representa más que la quinta parte de la región.

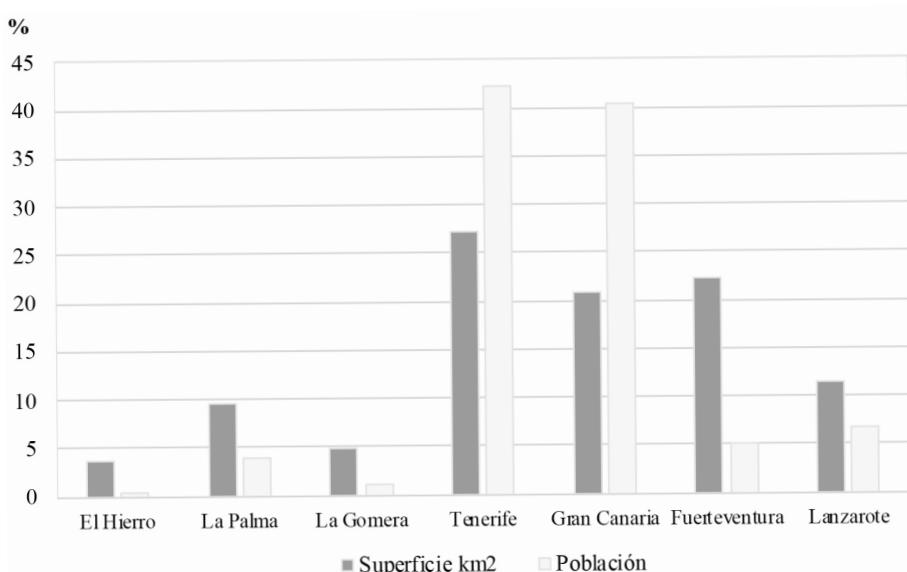
Por el contrario, las islas periféricas, más afectadas que las centrales por el fenómeno emigratorio, que ha reducido sus tasas de crecimiento, han ido perdiendo peso demográfico en el conjunto, desde el 36% en torno a 1800, cuando alcanza su valor más elevado, hasta el 17,7% en 2018. De todos modos, el comportamiento poblacional de este último grupo dista de ser homogéneo a lo largo de dicho periodo; pues mientras que La Palma mantiene su proporción en torno al 14% del total hasta finales del siglo XIX y La Gomera incluso hasta los años cuarenta del siglo XX (alrededor del 4%), en cambio, la población de Lanzarote y Fuerteventura registra su mayor *peso* en el conjunto regional a principios del siglo XX, descendiendo posteriormente censo tras censo, para alcanzar la cuota más baja de participación en 1960, antes del inicio del desarrollo turístico reciente que ha beneficiado desde el punto de vista socioeconómico y demográfico a las dos islas orientales, que en 2018 poseen el 12,3% de la población regional.

Por tanto, el denominado *desequilibrio espacial* que afecta al reparto insular de la población canaria no es un hecho reciente, como afirmaba Burriel de Orueta en 1975, relacionado con las transformaciones socioeconómicas que se gestan a partir de los años sesenta y llevan al desarrollo del sector turístico y los servicios, sino que se trata de un fenómeno que tiene sus raíces en el pasado, y se basa tanto en factores

naturales como territoriales, que han sido aprovechados en mayor o menor medida por la dinámica socioeconómica de las sociedades insulares.

La variación de la economía del archipiélago hacia actividades no agrarias, localizadas fuera de las áreas rurales tradicionales en la mayoría de los casos, no ha hecho más que acentuar las disparidades preexistentes. Aunque también es cierto que esas actividades han ido ocupando espacios que se encontraban vacíos en el pasado, de manera que, aunque la población de las islas haya tendido a concentrarse en las últimas décadas, también es cierto que determinadas áreas, que han permanecido deshabitadas hasta hace relativamente poco tiempo, como son los sotaventos insulares, con el desarrollo del regadío, primero, y con el del turismo, después, o con ambas actividades, han visto asentarse la población, en un nuevo reparto de los habitantes que mitiga el desequilibrio existente entre el norte y el sur, entre barlovento y sotavento. Incluso en algunas islas, como es el caso de Lanzarote, la mayor parte de la población se sitúa en la actualidad en una franja del sotavento insular que va desde la urbanización Costa Teguise hasta Puerto del Carmen, en la costa este de la isla, dando lugar a una pequeña área metropolitana que aglutina en 2018 a

Figura 2. Reparto porcentual de la superficie insular y de la población en 2018



Fuentes: Padrón de habitantes de 2018 e Instituto Geográfico Nacional. Elaboración propia.

más del 66% de la población insular entre los municipios de Arrecife, San Bartolomé y Tías, según los datos del padrón de habitantes.

Por otra parte, las actividades económicas desarrolladas en las últimas décadas, que carecen de relación con el sector primario, presentan un emplazamiento muy delimitado desde el punto de vista espacial, que suele situarse en la costa, por su relación con el turismo de sol y playa o con los puertos insulares o regionales. Esto ha supuesto, además, un desplazamiento del *peso* demográfico de unas zonas con respecto a otras dentro de las propias islas, en general desde el interior hacia la costa, lo que ha ocasionado modificaciones importantes en el reparto tradicional de la población, sobre todo en las islas centrales. Esa dinámica se ha intensificado a partir de los años cincuenta y sobre todo sesenta del siglo pasado, provocando el nacimiento de las áreas metropolitanas de Las Palmas de Gran Canaria y de Santa Cruz de Tenerife-San Cristóbal de La Laguna, que reúnen en la actualidad a más de la mitad de la población canaria (García Rodríguez y Zapata Hernández, 2016).

El proceso de urbanización es más temprano e intenso en la provincia de Las Palmas, sobre todo en la isla de Gran Canaria, que en la de Santa Cruz de Tenerife, como lo demuestra la evolución de la población que reside en entidades de más de 10.000 habitantes. A principios del siglo XX solo la quinta parte de los habitantes de la región vive en ese tipo de núcleos, pero en las Canarias orientales la proporción asciende ya en esa fecha al 25%. Este porcentaje no se alcanza en la provincia occidental hasta avanzados los años sesenta, momento a partir del cual el proceso de crecimiento de las entidades de más de 10.000 habitantes se intensifica en la isla de Tenerife, sobre todo el área metropolitana, como consecuencia del fenómeno inmigratorio.

El diferente grado de urbanización de la población de las dos islas centrales se relaciona con los rasgos distintivos del poblamiento de cada una de estas, más concentrado históricamente en Gran Canaria, así como en el resto de las islas orientales, pero sobre todo se debe al gran crecimiento de la ciudad de Las Palmas, que acabó concentrando en 2018 al 44,7% de la población de la propia isla, lo que la convierte en la mayor ciudad del archipiélago, no solo por el número de sus habitantes, que se acerca a 380.000, sino también por su actividad comercial, portuaria y de servicios. La tendencia a la concentración de la población en las capitales de las islas centrales, que algunos autores calificaron en su momento de macrocefalia urbana para el caso de Las Palmas (Martín Ruiz, 1985), se observa también en Lanzarote, que agrupa al 41,1% de la población en Arrecife, y en Fuerteventura, con un 34,8% de los habitantes en Puerto del Rosario en 2018.

En cambio, en las Canarias occidentales, la ciudad de Santa Cruz de Tenerife solo agrupa al 22,6% de la población insular, aunque si unimos los habitantes del municipio capitalino con los de San Cristóbal de La Laguna, cuyos cascos urbanos forman una ciudad en términos de morfología urbana por efecto de su conurbación, el porcentaje llega hasta el 39,8% de la población tenerfeña en 2018. Tenerife presenta además una destacada red de entidades secundarias, de más de 10.000 habitantes o cercanas a esa cifra, que constituyen las cabeceras de los municipios más importantes. A través de ella y como consecuencia de los cambios que se han producido en la economía insular en las últimas décadas, el proceso de urbanización se ha extendido incluso a los núcleos más pequeños, puesto que la actividad económica se ha terciarizado en toda la isla, teniendo cada vez menos importancia, menor peso económico y laboral el sector primario (García Martín, 1991).

Los anteriores procesos han afectado en mucha menor medida a las islas periféricas occidentales, aunque son también visibles en La Gomera, donde San Sebastián de La Gomera reúne el 40% de su población, en una isla que ha ido perdiendo habitantes censo tras censo desde 1950 hasta 1991, a favor de la emigración americana en los años cuarenta y cincuenta, y sobre todo, a favor de Tenerife, donde viven en la actualidad más personas de origen gomero que en la propia isla, y ello sin contar sus descendientes directos (García Rodríguez, 1992). Pero la recuperación demográfica que se inicia en los años noventa del pasado siglo aún no ha logrado alcanzar la población que registraba La Gomera al comienzo de la etapa de despoblación.

Una de las causas de esta situación, por contradictorio que parezca, tiene que ver, en alguna medida, con la mejora de los transportes marítimos a partir de los años setenta. La existencia de líneas de ferris que unen el puerto de Los Cristianos con el de San Sebastián varias veces al día en un corto espacio de tiempo, ha contribuido a *modificar la posición relativa de la isla* con respecto a Tenerife, de modo que el territorio de La Gomera se ha convertido, desde el punto de vista funcional, en una prolongación de la primera. Debido a los desequilibrios demográficos que ha ocasionado la emigración, han sido escasas las iniciativas empresariales encaminadas a cubrir los servicios básicos de toda colectividad. Por ello, una parte importante de los mismos son atendidos por empresas instaladas en Tenerife, creadas en muchos casos por inmigrantes gomeros, con la finalidad de repartir su actividad entre las dos islas, aprovechando las *economías de escala* y el déficit empresarial de la isla colombina. Esto hace que la economía actual de La Gomera sea casi una parcela de la de

Tenerife, por lo que apenas si se crean en aquella isla puestos de trabajo que puedan retener población en su territorio.

Por otra parte, las líneas de ferris sirven también de complemento a la actividad turística del sur y suroeste de Tenerife, de modo que La Gomera se ha convertido, por su atracción paisajística y su naturaleza espectacular, en lugar de destino de multitud de excursiones de un día de duración, que desplazan a la isla hasta los autocares que realizan los recorridos, por lo que se han construido pocas infraestructuras turísticas, salvo algunos restaurantes, para mejorar la oferta insular. El turismo de estancia tiene un parco desarrollo y se limita al complejo construido en los años ochenta en el sur de la isla y a ciertos grupos de apartamentos localizados tanto en Playa Santiago y Tecina, como en la capital insular y en la costa de Valle Gran Rey, que son también frecuentados por visitantes de fin de semana del resto de la región, sobre todo de Tenerife. Por tanto, para esta última isla, La Gomera se ha convertido también en una *prolongación* hacia el oeste de su propio espacio de ocio, de fin de semana y de vacaciones. O en un auténtico *parque temático* de la isla de Tenerife.

La Palma ha sido históricamente la tercera isla canaria por la importancia de sus efectivos demográficos, aunque su población actual no representa más que el 3,8% del total regional, menos de la mitad de lo que supone su territorio dentro del archipiélago. Sin embargo, el *peso* demográfico de La Palma ha sido más elevado en el pasado, manteniendo una proporción en torno al 14% hasta finales del siglo XIX, momento en el que inicia su descenso progresivo que tiene lugar en dos etapas de diferente ritmo y duración, durante las cuales la dinámica de la isla queda, en gran medida, al margen de las importantes transformaciones que experimenta la economía canaria a lo largo del siglo XX. En la primera de las etapas, que coincide con la expansión de la agricultura comercial de exportación, sobre todo en Tenerife y Gran Canaria, y llega hasta los años cuarenta, la población de La Palma se multiplica por 1,4 mientras que la del conjunto regional casi se duplica. En la segunda de las etapas, que desde el término de la anterior llega hasta la actualidad, el impulso demográfico palmero es aún menor, puesto que su población aumenta solo un 30%; y en cambio, la población canaria se triuplica, registrándose los índices más elevados de crecimiento de toda la etapa moderna de la demografía, no solo en las islas centrales, sino también en las periféricas orientales.

La causa del incremento de las diferencias entre las tasas de crecimiento de La Palma y de las periféricas occidentales con respecto al resto de la re-

gión se debe a la escasa o nula participación de estas islas en las actividades económicas que se han desarrollado en Canarias, sobre todo a partir de los años cincuenta y sesenta, que tienen su base en la extensión de la agricultura de exportación bajo plástico, el turismo de masas, la dinámica comercial y portuaria de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife (Martín Galán, 2007) y el crecimiento general de la economía de los servicios que la nueva situación ha generado. Este proceso, que afecta sobre todo a las islas centrales y se dilata a lo largo de varias décadas, ha provocado además la atracción laboral y socioeconómica de los habitantes de las islas periféricas, lo que ha incrementado el éxodo rural, que se suma a la emigración tradicional dirigida a América, en una *riada* que amenaza con la despoblación de determinadas áreas e islas del archipiélago y ha elevado el envejecimiento de su población (García Rodríguez y Zapata Hernández, 1992).

El Hierro es actualmente la primera isla del archipiélago por el grado de envejecimiento de su población, con un 21,96% de personas mayores de 64 años, en 2018; la segunda isla por la pérdida de *peso* demográfico relativo en la etapa reciente, y, en cambio, la última por el volumen de su población y su superficie, así como por la relación entre ambas variables, la densidad demográfica, que es de unos 40 habitantes por km². Esta ha disminuido al compás de sus habitantes desde 1940, fecha en la que alcanza su valor más elevado, y a partir de la cual la intensificación de la emigración inicia el proceso de vaciamiento poblacional de la isla, que pierde casi el 40 por ciento de sus efectivos entre 1941 y 1970, a favor de Tenerife y Gran Canaria, y, sobre todo, de la corriente emigratoria americana.

Pero a partir de los años setenta se registra un nuevo aumento de la población, hasta alcanzar 10.798 habitantes en 2018, merced al desarrollo del regadío en el valle del Golfo, con sus cultivos plataneros, en un primer momento, y de piña tropical, papaya y mango, con posterioridad; al mismo tiempo, se ha incentivado desde la Administración la producción y comercialización de otros sectores agrícolas y ganaderos tradicionales, como el de los frutales, la viticultura y la elaboración de quesos, todo ello mediante la constitución de cooperativas que gestionan la distribución y comercialización de los productos a escala regional, creando para estos una cierta imagen de calidad que no han logrado las producciones de otras áreas del archipiélago. Como consecuencia de esa dinámica reciente, El Hierro es la isla que presenta en la actualidad una mayor vinculación económica al sector público, manteniéndose casi al margen del desarrollo turístico de la región.

4. LAS ÁREAS DE MAYOR CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

A partir de los años cuarenta, y sobre todo cincuenta del siglo XX, se accentúan los fenómenos de diferenciación espacial en el crecimiento demográfico de Canarias, lo que ocasiona también cambios en el reparto altitudinal de la población, que tiende a concentrarse en las franjas bajas. En esta etapa, la economía canaria se desagrariza a pasos agigantados, sobre todo a partir de la década de los sesenta, como consecuencia de la progresiva importación de alimentos y de la creciente demanda de mano de obra que genera el sector de la construcción, el turismo y los servicios, en expansión en Tenerife y Gran Canaria, cuyos salarios son más elevados que los del sector primario. Debido a ello, la actividad económica de las islas se internacionaliza, iniciándose entonces una nueva etapa en el reparto de papeles productivos de los territorios (García Rodríguez y Zapata Hernández, 1992).

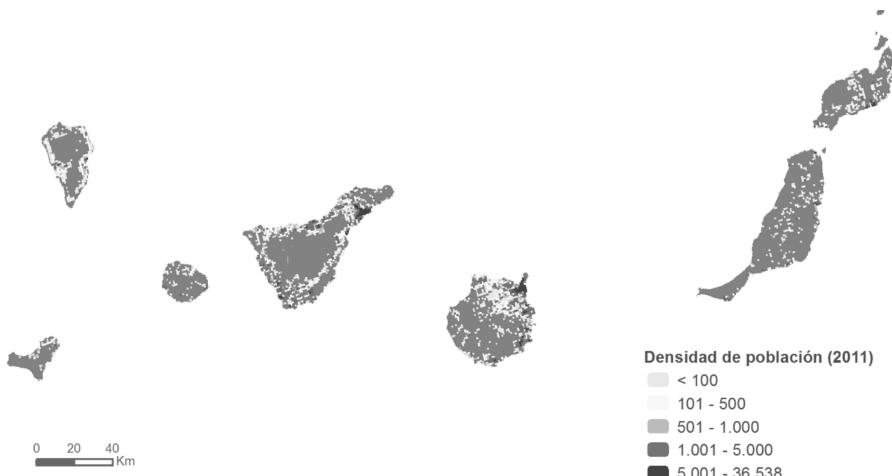
Estos cambios repercuten en la dinámica de la población, en el modelo demográfico tradicional, de base agraria, que se va transformando, primero lentamente, desde principios del siglo XX, y a un ritmo acelerado a partir de los años sesenta y sobre todo setenta, cuando la natalidad cae en picado al generalizarse las pautas malthusianas en una sociedad que se ha urbanizado y trabaja en los servicios, y al mismo tiempo, la mortalidad se sitúa por debajo del 7 por mil. Como resultado de ambos factores y de la llegada de inmigrantes, la tasa de crecimiento acumulado de la población canaria en los años setenta es la más alta de toda la etapa moderna de la demografía, superando el umbral del 2% anual, aunque tal vez el valor concreto de este índice sea algo exagerado, por la existencia más que probable de un *cierto grado de inflación* en el censo de 1981 de determinadas zonas, como se ha puesto de manifiesto en algunas investigaciones (García Rodríguez y Zapata Hernández, 1992).

De todos modos, la dinámica de la población canaria a lo largo del siglo XX dista de ser homogénea, tanto en las etapas de crisis como en las de expansión o crecimiento económico, a causa de que la participación de las islas en los sectores productivos más dinámicos en cada momento varía de unos casos a otros, incluso en el interior de cada territorio insular. Pero la diferenciación espacial de las dinámicas económica y demográfica de las islas, que tiene sus raíces históricas en la desigual distribución de los recursos agrícolas y territoriales del archipiélago, se ha incrementado con la extensión de la agricultura de regadío, desde finales del siglo XIX, acentuándose aún más a lo largo del siglo XX con el desarrollo del turismo de masas y de la economía comercial y de los servicios.

Pero las transformaciones económicas no provocan únicamente cambios laborales, el paso del primario a los restantes sectores, sobre todo al terciario, sino también modificaciones en el asentamiento de la población, una intensificación de las migraciones internas, en primer lugar de las zonas rurales a las ciudades capitalinas, que crecen en sus periferias mediante la autoconstrucción informal y acumulan actividades (Alonso López, 2016); y posteriormente, a las zonas turísticas y sus áreas de influencia. Como consecuencia, se introducen factores de diferenciación en la dinámica demográfica de unas zonas con respecto a otras, sobre todo en el ritmo de incremento poblacional, por lo que unos espacios crecen más que otros, algunos se estancan e incluso otros pierden población (Álvarez Alonso, Hernández Hernández y Simancas Cruz, 2005).

El resultado de todo ello se refleja en el asentamiento de la población de las islas, que inicia *un lento descenso* desde las medianías a las zonas bajas, a unas áreas muy concretas, con lo que se pone en marcha un proceso de concentración demográfica, a partir de los años cincuenta, por debajo de la cota de los 200 metros, en la denominada *franja de costa*, que en la actualidad agrupa a las dos terceras partes de la población canaria. En las islas de Lanzarote y Fuerteventura, esa proporción supera el 80%, ya que apenas tienen poblamiento por encima de esa curva de nivel, por su escaso relieve, e incluso en el caso de Gran Canaria, por el importante peso

Figura 3. Densidad demográfica en Canarias según islas en 2011
(habitantes por km²)



Fuente: Censo de población de 2011, INE. Elaboración propia.

de la ciudad de Las Palmas (Díaz Hernández, 1990; García Rodríguez y Zapata Hernández, 2016). En Tenerife, la proporción afecta a la mitad de sus habitantes, dado el emplazamiento algo más elevado de las entidades de población, y ese porcentaje de poblamiento costero es aún menor en las restantes islas occidentales. Por ejemplo, en El Hierro, la proporción es muy baja, pues solo alcanza el 10 por ciento de la población, ya que se trata de la isla que tiene en términos relativos el poblamiento más elevado de Canarias, dada su configuración orográfica (Figura 3).

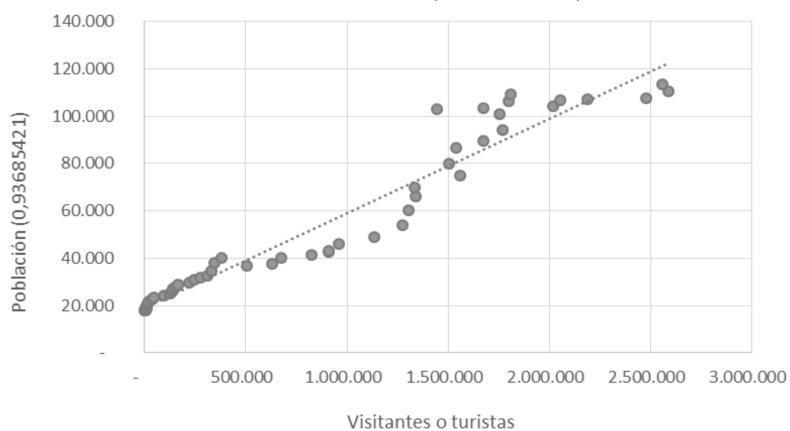
En el caso de Gran Canaria, el enorme crecimiento demográfico de las últimas décadas se localiza en la vertiente oriental y meridional de la isla, en la franja que va desde Las Palmas hasta Maspalomas, siguiendo las vías de comunicación que se dirigen hacia el sur. Por el contrario, los municipios del interior y los del norte han perdido población, se han estancado o han crecido muy poco (Díaz Hernández, Domínguez Mujica y Parreño Castellano, 2010). Ese desplazamiento de la población de las medianías a la zona baja ha llevado a algunos municipios a plantearse el traslado de la capital hacia las áreas más dinámicas de la costa, pero los intereses políticos de las entidades de las medianías, que controlan el poder municipal, no lo han permitido. El intento solo ha quedado, en el mejor de los casos, en la construcción de oficinas municipales en la zona baja, como ha ocurrido en el municipio de San Bartolomé de Tirajana.

En el caso de Tenerife, también se registra ese desplazamiento del dinamismo demográfico hacia el sur y suroeste de la isla, a partir de la capital insular, aunque en el interior de esa franja costera existen municipios deprimidos, que no se han visto beneficiados por los nuevos sectores de actividad económica. Algunas áreas como la costa de Las Caletillas y Candelaria, que han experimentado un fuerte crecimiento en las últimas décadas cumplen la función de ser área de expansión de Santa Cruz de Tenerife en dirección meridional, al igual que ocurre con los núcleos residenciales de Radazul, Tabaiba y Barranco Hondo, ya que en sus cercanías no existe actividad alguna que justifique su desarrollo, puesto que los polígonos industriales de La Campana y Valle de Güímar tiene una limitada incidencia laboral sobre la población de esa franja del sureste de Tenerife.

Al contrario de lo que ocurre en las islas periféricas occidentales, las orientales registran un importante crecimiento en la etapa reciente, el más alto de la Comunidad Autónoma en términos relativos, aunque las tasas más elevadas se sitúan en las dos últimas décadas, coincidiendo con el espectacular desarrollo turístico que experimentan las dos islas que forman

este grupo, sobre todo Fuerteventura, lo que ha ocasionado una destacada corriente inmigratoria, que en los años ochenta y noventa supera incluso el propio saldo vegetativo, no solo en el caso de esta última isla, sino también en el de Lanzarote. Este territorio nororiental ha multiplicado su población por 3,6 en los últimos 48 años y por 12,1 su número de turistas recibidos (Tabla 1), lo que supone la existencia de una correlación entre ambas variables de 0,95. En el caso de la isla majorera, el incremento poblacional ha sido aún más elevado, pues sus efectivos se han multiplicado por 6,3 entre 1970 y 2018, y su número de visitantes lo ha hecho ¡nada menos! que por 29,4 en el mismo espacio de tiempo, superando la cifra de 2,5 millones, y la trayectoria temporal de ambas variables proporciona un coeficiente de correlación cercano a la unidad, puesto que se eleva a 0,97, y la evolución de la población insular se explica en un 93,7% por el impulso turístico, según el cálculo de r^2 .

Figura 4. Grado de correlación entre población y turismo en Fuerteventura (1970-2018)



Fuente: Anuario estadístico de España, INE y FRONTUR

Este considerable impulso demográfico de Fuerteventura, el más alto de todo el periodo estadístico de los estudios de población del archipiélago, contrasta, por una parte, con la pérdida generalizada de efectivos que experimentaron la mayoría de los municipios de ambas islas orientales en los años sesenta, al igual que ha ocurrido en las islas periféricas occidentales; y por otra, con el moderado crecimiento de los años cuarenta y cincuenta, que se relaciona con la actividad agroganadera y pesquera tradicionales. Pero

Tabla 1. Evolución de la población y de los turistas en Fuerteventura y Lanzarote

Años	Isla de Fuerteventura		Isla de Lanzarote	
	Población	Turistas	Población	Turistas
1970	17.957	8.683	41.146	25.235
1972	19.353	6.931	42.741	46.223
1974	20.857	17.234	44.398	65.906
1976	22.478	37.124	46.120	82.753
1978	24.225	95.687	47.908	131.252
1981	27.104	140.830	50.721	181.948
1983	28.926	167.949	53.108	206.256
1985	30.871	246.766	55.608	388.216
1987	32.709	309.742	59.634	627.054
1989	37.896	343.555	69.560	736.121
1991	36.908	504.877	64.911	1.036.341
1993	39.988	675.825	72.755	1.190.654
1995	42.882	912.087	76.413	1.485.969
1997	45.878	958.975	81.028	1.546.411
1999	53.903	1.272.648	90.375	1.779.665
2000	60.124	1.305.874	96.310	1.801.201
2001	66.025	1.341.319	103.044	1.829.011
2002	69.762	1.332.012	109.942	1.844.776
2003	74.983	1.559.409	114.715	1.938.338
2004	79.986	1.503.007	116.782	1.986.481
2005	86.642	1.538.385	123.039	1.968.609
2006	89.680	1.671.488	127.457	2.025.709
2007	94.386	1.769.428	132.366	2.025.527
2008	100.929	1.754.235	139.506	1.958.051
2009	103.167	1.442.258	141.938	1.692.866
2010	103.492	1.671.699	141.437	1.929.531
2011	104.072	2.016.097	142.517	2.169.762
2012	106.456	1.799.122	142.132	2.114.664
2013	109.174	1.807.392	141.953	2.294.138
2014	106.930	2.053.754	141.940	2.532.886
2015	107.367	2.187.495	143.209	2.640.862
2016	107.521	2.477.701	145.084	2.915.727
2017	110.299	2.588.979	147.023	3.146.117
2018	113.275	2.555.884	149.183	3.063.315

Fuente: Anuario Estadístico de España, INE y FRONTUR

el contraste resulta aún más llamativo con respecto al pasado, con la etapa anterior a la década de los cuarenta, puesto que, entre 1857 y esta última fecha, la población de Lanzarote y Fuerteventura solo se multiplicó por 1,5, mientras que la de las periféricas occidentales se duplicó y la de Tenerife y Gran Canaria se multiplicó por 3,3 en el mismo periodo de tiempo.

El reducido crecimiento de las islas periféricas orientales en esa etapa se relaciona con la existencia de una corriente emigratoria intensa y continua, que, sin embargo, es compatible con el mantenimiento de una elevada natalidad, que no disminuye de modo destacado hasta los años setenta, aunque su lento descenso se inicia mucho antes, en las primeras décadas del siglo XX. Como consecuencia de la alta fecundidad y de las bajas tasas de mortalidad que se registran en ambas islas, sobre todo a partir de los años veinte, los saldos vegetativos son impresionantes y no experimentan modificaciones destacadas hasta las últimas décadas, a pesar de que los saldos migratorios son casi tan abultados como aquellos. La escasa o nula repercusión de la emigración en la dinámica interna y en las características de la población de las islas periféricas orientales, al contrario de lo que ocurre en las occidentales, se debe a la composición familiar de los flujos, lo que no modifica la *sex ratio* ni las estructuras demográficas, como ocurre con la emigración fundamentalmente masculina dirigida al extranjero de las islas periféricas occidentales.

Figura 5. Reparto de las tasas de crecimiento de la población municipal en Canarias en el siglo XXI



Fuente: Padrón continuo de habitantes, 1998-2014. Elaboración propia.

Una parte destacada de los habitantes que han abandonado las islas periféricas a lo largo del siglo XX han acabado estableciéndose en las islas centrales, tanto directamente como a la vuelta de la emigración americana. Este es uno de los factores explicativos del elevado crecimiento de las capitales insulares de Tenerife y Gran Canaria, así como de las áreas metropolitanas creadas en su zona de influencia en los últimos decenios, pero no el único, ya que también han recibido población de sus respectivas islas, e incluso del exterior, de la Península y del extranjero (Martín Galán, 1984). Además, el impulso vegetativo propio tiene asimismo una gran importancia, sobre todo en el caso de la ciudad de Las Palmas, que ha mantenido unas altas tasas de natalidad hasta los años setenta, aunque su descenso se inicia mucho antes, desde los primeros años del siglo XX (Martín Ruiz, 1985).

El retroceso demográfico de Santa Cruz de Tenerife en el segundo decenio del siglo XXI se debe a la disminución oficial de su población en 15.306 habitantes, realizada con fecha de 1 de enero 2012 por el INE (Boletín Oficial del Estado de 20 de diciembre de 2012) para corregir su histórico sobreregistro, mantenido durante décadas, a pesar de su denuncia en numerosos trabajos de investigación (Galván Tudela, 1977; García Rodríguez y Zapata Hernández, 1992). Pero un informe elaborado por la Inspección General de Servicios del Ayuntamiento de la ciudad, presentado en abril de 2014, reconoció los problemas existentes en el cómputo de la población municipal y los atribuyó en el 99,6 por ciento de los casos a errores cometidos en el pasado, concretamente en la elaboración del padrón de 1996 por la empresa encargada de la recogida de datos, aunque sin depurar responsabilidades al respecto (Rozas, 2014: 1).

Por otra parte, la dinámica poblacional de las ciudades capitalinas determina en gran medida la de sus respectivas islas, por el *peso* demográfico de estas en el conjunto. Sin embargo, las tasas de crecimiento de los restantes municipios de Tenerife y Gran Canaria distan de ser homogéneas y su evolución a lo largo del siglo XXI muestra claramente el desplazamiento de los lugares de interés económico de la agricultura comercial de exportación al turismo y los servicios, quedando en un segundo plano demográfico los términos relacionados con los sectores económicos tradicionales, una buena parte de los municipios de barlovento, que en algunos casos se estancan e incluso pierden población (Figura 5).

En esta etapa reciente, las zonas meridionales de las islas centrales adquieren cada vez más relevancia económica y poblacional, merced a la extensión de la agricultura platanera y tomatera, en los años cincuenta y

sesenta, y al desarrollo turístico, con posterioridad. En consecuencia, el crecimiento de la población de Tenerife en las últimas décadas se polariza en dos zonas, en torno al área metropolitana de Santa Cruz de Tenerife y en los municipios del sur y suroeste, quedando en medio un conjunto de términos, más o menos vinculados a estos polos, que crecen en menor medida que los anteriores, se estancan o incluso pierden efectivos. En el caso de Gran Canaria, el fenómeno de concentración es similar, pero las dos zonas forman un espacio casi continuo que desde Las Palmas llega hasta Mogán por el este, incluyendo a Telde y a Santa Lucía (Parreño Castellano, 1997: 193). Por otra parte, el desarrollo urbano de ambas islas, los cambios laborales y la mejora del nivel de vida general de la población ha ocasionado también una convergencia de las respectivas dinámicas poblacionales a partir de los años setenta, con la rápida caída de la natalidad de Gran Canaria y de la provincia de Las Palmas, en general, con lo que los principales indicadores demográficos de las islas centrales del archipiélago tienden a confluir y ello influye de modo decisivo en los índices generales del archipiélago, aunque subsisten importantes diferencias de comportamiento entre las islas.

5. CONCLUSIONES

Las Islas Canarias presentan una notable vitalidad demográfica en la etapa moderna de la demografía, cuyas tasas se sitúan por encima de la media nacional en la mayor parte de los períodos de análisis, a pesar de la escasez de recursos naturales básicos del archipiélago, como el agua y el suelo. Dichas carencias han impulsado durante décadas una importante corriente emigratoria, destinada a mantener en equilibrio inestable población y recursos en el modelo de desarrollo agrario tradicional. Aunque el sistema necesitó desde el primer momento de la colonización un tratamiento fiscal especial para sobrevivir, así como el recurso posterior a los puertos francos cuando aparece la oferta de bienes y servicios de la revolución industrial.

La dinámica y la distribución espacial de la población en las islas está netamente determinada en la etapa de economía agraria tradicional por el reparto territorial de los recursos agronómicos, de manera que las islas y las áreas mejor dotadas en dichos recursos productivos son las que han albergado una mayor carga demográfica en el pasado. Aunque su reparto tiende a mantenerse posteriormente, cuando el modelo agrario tradicional ha perdido funcionalidad.

La revalorización de los recursos climáticos y la situación geográfica del archipiélago por los operadores turísticos, junto al cambio de

estatus político del archipiélago en el contexto español y europeo, ha transformado el modelo de desarrollo de las Islas Canarias en la etapa reciente, provocando una importante mutación económica y una considerable mejora del nivel de vida de la población, todo lo cual ha tenido destacadas repercusiones en la dinámica y en la ubicación territorial de sus habitantes. Como consecuencia de ello se producen llamativos cambios en la dinámica de la población, como el cese de la emigración secular, el nacimiento de una destacada corriente inmigratoria, atraída por las nuevas actividades económicas, que eleva las tasas de crecimiento de la región a los niveles más altos del siglo XX y la caída de la natalidad a partir de los años setenta de dicho siglo.

La nueva situación introduce también modificaciones en el asentamiento de la población, que tiende a concentrarse en torno a las capitales insulares, en las franjas costeras, formando “áreas metropolitanas”, y en las inmediaciones de los enclaves turísticos, en lugares antes deshabitados, con lo que se acelera el proceso de urbanización del archipiélago, y a partir de entonces las principales pautas de comportamiento demográfico de las diferentes islas incrementan su grado de convergencia, aunque en algunos casos subsisten las diferencias, como en el caso de Lanzarote y Fuerteventura, que crecen muy por encima de la media regional y mantienen jóvenes sus poblaciones, lo contrario de lo que ocurre en las islas periféricas occidentales, en las que su envejecimiento demográfico es ya elevado.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO LÓPEZ, J. M. (2016). *Autoconstrucción y urbanización espontánea. La urbanización del espacio rural al margen del planeamiento en Tenerife*. Tesis doctoral, Departamento de Geografía e Historia de la Universidad de La Laguna, 700 pp.
- ÁLVAREZ ALONSO, A., HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, J. F. y SIMANCAS CRUZ, M. R. (2005). “Transformaciones recientes en la distribución de la población de Canarias”. *Cuadernos Geográficos*, 36 (1), pp. 349-360.
- ARTEAGA ORTIZ, J., MORENO GIL, S. y MARTÍNEZ COBAS, X. (2003). Las zonas francas en Canarias. *Hacienda Pública y convergencia europea. X Encuentro de Economía Pública*. Santa Cruz de Tenerife.
- BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO (2012). *Real Decreto 1697/2012, de 21 de diciembre, por el que se declaran oficiales las cifras de población*.

- ción resultantes de la revisión del padrón municipal referidas al 1 de enero de 2012 (BOE, 29/12/2012).
- BURRIEL DE ORUETA, E. (1975). “Evolución moderna de la población de Canarias”. *Estudios Geográficos*. Madrid: Instituto Juan Sebastián Elcano, CSIC, pp. 138-139.
- DÍAZ HERNÁNDEZ, R. (1990). *Origen geográfico de la actual población de Las Palmas de Gran Canaria*. Madrid: CIES.
- DÍAZ HERNÁNDEZ, R., DOMÍNGUEZ MUJICA, J. y PARREÑO CASTELLANO, J. M. (2010). “Crecimiento urbano y desagrarización en Gran Canaria durante los años 1950-1980”, en *Las escalas de la Geografía: del mundo al lugar* (Libro de homenaje al profesor Miguel Panadero Moya, catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Castilla-La Mancha), pp. 1067-1088. Cuenca.
- DOMÍNGUEZ MÚJICA, J. (1991). “Situación actual de la inmigración comunitaria en Canarias”, *III Jornadas de la población española*. Málaga: Diputación Provincial, pp. 45-51.
- GALVÁN TUDELA, A. (1980). *Taganana: un estudio antropológico social*. Santa Cruz de Tenerife: Aula de Cultura.
- GARCÍA MARTÍN, M. B. (1991). “Inmigración extranjera reciente en el área metropolitana de Tenerife”, *III Jornadas de la población española*, Málaga: Diputación Provincial, pp. 71-75.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, J. L. (1992). *Emigración y agricultura en La Palma*. Santa Cruz de Tenerife: Consejería de Agricultura y Pesca del Gobierno de Canarias-Cabildo Insular de La Palma.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, J. L. y ZAPATA HERNÁNDEZ, V. M. (1992). “Los cambios recientes en la población de Canarias”, en Rodríguez Martín, J. Á. y Hernández HERNÁNDEZ, J. F. *Geografía de Canarias, 1985-1991*. Santa Cruz de Tenerife: Editorial Interinsular Canaria, pp. 23-54.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, J. L. y ZAPATA HERNÁNDEZ, V. M. (2016). “Diversidad y confluencia en la dinámica de la población de las islas Canarias a comienzos del siglo XXI. Una perspectiva territorial”. *Actas del XV Congreso de la Población Española. Población y territorio en la encrucijada de las Ciencias Sociales*. Servicio de Publicaciones y Difusión Científica. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, pp. 447-464.
- GODENAU, D. (2009). “Inmigración, crisis y mercado de trabajo en Canarias”, en Simancas Cruz, Moisés (Ed.) *El impacto de la crisis en*

- la economía canaria. Claves para un futuro.* Vol. 1, La Laguna: Real Sociedad Económica de amigos del País de Tenerife, pp. 149-181.
- GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, C. y MARTÍNEZ ROMERA, (2017). “La emigración española cualificada tras la crisis. Una comparación con la italiana, griega y portuguesa”, *Migraciones. Revista del Instituto Universitario de Estudios sobre las Migraciones*, 43, pp. 117-145.
- INE (2019). *Indicadores de Migración Exterior. Tasa de Migración Neta con el extranjero por comunidades autónomas*. <http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=5861&L=0> (Consulta realizada el 27/06/2019).
- MARTÍN GALÁN, F. (1984). *La formación de Las Palmas, ciudad y puerto*. Las Palmas de Gran Canaria: Junta del Puerto de La Luz y Las Palmas.
- MARTÍN GALÁN, F. (2007). *El mar, la ciudad y el urbanismo. Vivir el litoral en las ciudades históricas*. Santa Cruz de Tenerife: Puertos de Tenerife, Autoridad Portuaria de Santa Cruz de Tenerife.
- MARTÍN RUIZ, J. F. (1985). *Dinámica y estructura de la población de las Canarias Orientales (Siglos XIX y XX)*. Madrid: Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas.
- MEDEROS MARTÍN, A. (2018). “Un enfrentamiento desigual. Baja demografía y difícil resistencia en la conquista de las islas Canarias”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 65: 065-007. <http://anuariosatlanticos.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/10253/9668>
- PARREÑO CASTELLANO, J. M. (1997-1998). “El comportamiento territorial de la función residencial en las áreas metropolitanas: el caso de Las Palmas de Gran Canaria”. *Vegueta*, N.º 3, pp. 187-202. https://accedacris.ulpgc.es/bitstream/10553/2358/1/0234500_00003_00011.pdf
- ROZAS, Y. (17/04/2014) “Un informe reconoce errores en el padrón pero sin responsabilidades”. *Diario de Avisos*. <http://www.diario-deavisos.com/2014/04/informe-reconoce-errores-en-padron-pero-sin-responsabilidades/>
- ZAPATA HERNÁNDEZ, V. M. (2009). “Efectos de la dinámica reciente de la inmigración extranjera en la realidad de Canarias”, en Cruz, J. J. *La inmigración. Modelos y perspectivas*. Santa Cruz de Tenerife: Idea, pp. 47-75.
- ZAPATA HERNÁNDEZ, V. M. (2011). “La dinámica migratoria reciente y sus implicaciones en Canarias”. *Anuario de la Inmigración en el País Vasco*. Bilbao: Observatorio Vasco de la Inmigración, pp. 261-268.